

Capítulo 128 - - Encantamiento de Invocación del Cuervo - Una Guía Práctica de Hechicería [Libros 1- 4, Actualización de Julio 3]

- Capítulo 128 - - Encantamiento de Invocación del Cuervo - Una Guía Práctica de Hechicería [Libros 1-4, Actualización de Julio 3]

Capítulo 128 - - Encantamiento de Invocación del Cuervo - Una Guía Práctica de Hechicería [Libros 1-4, Actualización de Julio 3]

Siobhan

8 de marzo, lunes, 22:15 horas, tercer mes

Refunfuñando internamente por la inconveniencia del horario y el lugar de la reunión, Siobhan salió de la clandestina asamblea de taumaturgos. Tanya no había estado en la nueva ubicación, apropiadamente subterránea esta vez, y Siobhan sospechaba que, tras la crisis de seguridad, ella y algunos otros miembros ausentes ya no eran bienvenidos.

No había detenido el comercio, y Siobhan se encontró partiendo con más de lo que había planeado. Llevaba una caja llena de pociones, un par de pergaminos con instrucciones para sus nuevos hechizos de descryptación, y una bolsa de monedas ligeramente más pesada tras vender algunas de sus propias informaciones y enajenarse los bienes confiscados de los Gervin.

Además de estas compras y ventas planeadas, se encontró transportando un nuevo bolso encantado, lo suficientemente grande—por un pequeño hechizo de distorsión espacial—como para caber dentro su antiguo bolso con un aire más femenino. Incluso descansaba ligero sobre su hombro gracias a un hechizo de ligereza. También, llevaba escondido en el bolsillo interior de su chaqueta un tercer pergamino: las instrucciones para un hechizo que invocara a la Reina Cuervo.

El hechizo se había ofrecido en la reunión anterior, pero, con toda razón, fue recibido con escepticismo general, tanto por su alto precio como por la naturaleza poco confiable de los hechizos de invocación, que podían tener largos periodos de beneficio y cuyos "resultados"

estaban abiertos a interpretación.

Se suponía que los hechizos de invocación creaban una atracción débil hacia algo que cumpliera ciertos requisitos definidos, sutilmente inclinando el mundo para que el lanzador entrara en contacto con el objeto de sus parámetros de búsqueda durante un período de tiempo vago. Cuanto más indefinidos los parámetros, o más distante el objetivo en espacio o tiempo, más débil sería esa fuerza de atracción. Algunos taumaturgos con inclinaciones más científicas incluso sugerían que toda esta rama de la adivinación era un engaño, donde la gente sucumbía al efecto placebo o veía "señales" que coincidían con su objetivo. Con un objetivo lo suficientemente vago y cierta contorsión mental, cualquier cosa podía cumplir con los requisitos. Incluso el hecho de que los hechizos generales de invocación siguieran siendo legales indicaba su poca eficacia.

En cualquier caso, este hechizo prometía permitir que alguien pudiera encontrarse con la Reina Cuervo. La vendedora afirmaba incluso haberlo probado con éxito, encontrándola y solicitándole un favor. Una mentira evidente. Incluso si el hechizo de invocación hubiera funcionado, obligándola a cruzarse con el lanzador, no había forma de saber si la persona inocua que pasaba por la calle era realmente la Reina Cuervo. Solo una persona osó comprar ese hechizo y, esa noche, regresó enfadada por su fracaso, exigiendo un reembolso. Aparentemente, en lugar de encontrarse con la Reina, el hechizo había invocado una bandada de cornejas. La lanzadora soltó el hechizo, pero cuando sus efectos desaparecieron, estaban cubiertos de pequeñas heridas y excremento de ave.

El árbitro resolvió la disputa, pero a Siobhan le pareció tan divertida que compró las instrucciones del hechizo por una miseria, pues parecía algo que podría ser útil en algún momento. No parecía un hechizo de invocación convencional, sino más bien una especie de compulsión de efecto en área, mucho más directo en la ejecución y el efecto que los hechizos que ella conocía.

Deteniéndose en un callejón oscuro, Siobhan se quitó las plumas y volteó su capa para cambiar de color, luego detuvo un carruaje que llevaba en su lateral una pequeña ilustración de los astas verdes del Ciervo Verde. La caja de provisiones era demasiado pesada para cargarla toda a la vez, y aunque había viajado a la reunión con Liza, ahora iba sola, sintiéndose más segura dentro de esas paredes que en las calles abiertas.

Había comprado unas pociones que nunca había preparado antes y compartió la receta de la poción para reducir la fiebre, que ya había elaborado varias veces para el Ciervo Verde. Ahora, otra persona podría hacer lo mismo o simplemente proveer a quienes antes habrían comprado en el Ciervo Verde, evitando así que ella conserve su empleo. Por eso, la información sobre hechizos solía mantenerse en secreto, ya que tener el monopolio sobre algo útil siempre resultaba beneficioso. Sin embargo, esa mentalidad restrictiva y egoísta parecía absurda para Siobhan. "La magia es mejor cuando se comparte lo más ampliamente posible. Si ya no hay demanda de esta mezcla, no me afectará, porque siempre estoy creciendo y aprendiendo, y podré crear algo nuevo que la gente quiera comprar. Además, los mejores taumaturgos producen las mejores pociones, y su reputación puede mantener sus ventas incluso en un mercado saturado. Y si esto pone presión sobre la oferta de componentes mágicos, debería haber más empleos dedicados a obtener los ingredientes de forma sostenible o a investigar alternativas viables."

Su reflexión mental terminó al llegar al Ciervo Verde, cuando se dirigió hacia una de las entradas traseras, donde un escolta la dejó pasar. Él volvió inmediatamente a leer un folleto frágil, ostentosamente titulado La Voz del Pueblo, aparentemente una de las primeras ediciones de un periódico dirigido por el establecimiento. Oliver era realmente el chico con un dedo en cada dinero.

Siobhan dejó la caja en la botica y luego se dirigió a la oficina de Katerin. Cuando tocó la puerta, una voz familiar, claramente no-kateriniana, le respondió: “Adelante.”

Al entrar, la silla de Katerin estaba de espaldas a la puerta, aparentemente vacía. Luego, un pequeño pie salió a buscar apoyo en el borde del escritorio, y la silla giró lentamente. Theo estaba sentado allí, con su cabello cobrizo despeinado y lo que parecía ser tarea esparcida sobre la oscura madera del escritorio. Había juntado las yemas de los dedos y miraba por encima de ellas, imitando a un poderoso empresario. Cuando vio a Siobhan, se animó, olvidando su pequeño acto. “¡Eres tú! ¡No te veía desde hace tanto! ¿Por qué estás en el cuerpo de la Reina Cuervo? ¿Diste caza a uno de tus enemigos esta noche? ¿Hiciste algo súper increíble y aterrador para ellos? ¿Tienes otros cuerpos en los que puedas transformarte? ¿Puedes realmente desplazarte por las sombras, y si es así, ¿puedes llevarte a alguien pequeño contigo, quizás? Porque pensé que sería genial intentarlo, y te prometo que no sería problema—” De repente, interrumpió su rápida serie de preguntas al inhalar y atragantarse con su propia saliva.

Siobhan lo esperó pacientemente a que se recuperara.

Tras algunos esfuerzos dramáticos para aclararse, Theo levantó la vista hacia ella, con el rostro enrojecido, los ojos llorosos y sospechoso. “¿Me lanzaste un hechizo para callarme?”

Siobhan rodó los ojos. “No. Y si lo hubiera hecho, habría sido una maldición, no un conjuro. Hacerte atragantar con tu propia saliva es más una broma que algo malicioso. ¿No será un poco tarde? Estoy bastante segura de que Katerin quiere que estés en cama a esta hora. ¿Y todavía estás haciendo la tarea?”

Theo cerró rápidamente sus libros de texto y apiló todos sus papeles de manera desordenada, metiendo todo en uno de los cajones del escritorio de Katerin. “Eso no es importante, y Katerin no está aquí ahora. Ahora que se acabaron los ensayos y todo eso, ella se está preparando para transferir a los demás malhechores a la policía para su sentencia oficial y encarcelamiento. ¿Sabes cuánto tiempo toma ganar suficiente dinero para comprar una varita de utilidad? Llevo meses trabajando en ello, y aún estoy quizás a medio camino. ¿Quizá podrías hablar con Katerin para que me aumente el sueldo?”

Siobhan levantó una ceja ante la desconexión de la conversación, notando que él no había respondido a sus preguntas. “¿Tus pagos por qué?”

“Tareas y esas cosas.”

“¿La misma tarea que no has terminado y que simplemente has metido en un cajón?”

Theo la miró con firmeza, con una expresión que parecía preguntar si realmente estaba señalando eso. “¿Y tú, Bruto?” murmuró, bajándose de la silla de Katerin.

Siobhan se preguntó si él siquiera entendía el significado de eso o si solo repetía algo que había oído decir a otros.

“Bueno, para compensar, puedes llevarme contigo cuando vayas a caminar en las sombras,” ofreció Theo con magnanimidad, acercándose al escritorio para colocarse delante de Siobhan.

“Eso es solo un rumor sin base alguna.”

La boca de Theo se abrió sorprendentemente horrorizada, pero luego sus ojos se estrecharon con suspicacia. “¿Sin base?? ¿En serio? Aunque no puedas caminar en las sombras, debes tener algo interesante que mostrarme. Quiero decir, siempre tienes algo interesante. La última vez, fueron todas esas historias increíbles sobre los Yermos Negros. A Mr. Mawson le horrorizó eso, pero cité todas esas fuentes que me diste y tuvo que ponerme una buena nota. Katerin seguía diciendo que iba a tener pesadillas, pero yo no tuve ninguna, así que no tienes que preocuparte por tratarme como a un niño pequeño.” Extendió audazmente la mano para tomar la suya, con sus grandes ojos llorosos mirándola.

Siobhan dudó, pero intentaba ser más amable consigo misma, así como con los demás, y quizás una diversión infantil sería justo lo que necesitaba. Como el fin del curso se acercaba en unas semanas, la tensión entre sus compañeros se había vuelto palpable. Cuando despertaba en medio de la noche, varias otras estudiantes probablemente estaban despiertas también, con la luz saliendo de sus cubículos con cortinas mientras trataban de acumular todo el conocimiento del semestre en sus cerebros. Era como si la tensión fuera contagiosa.

Ella misma no estaba preocupada por los exámenes finales, porque era evidente que no se encontraba en el percentil inferior del grupo y, por tanto, no corría riesgo de ser retenida, pero las exhibiciones de fin de curso se avecinaban con aspecto ominoso, y ella luchaba por extraer tanta potencia de los ejercicios de transmogrificación del Profesor Lacer como los hechizos debían haber proporcionado a su capacidad.

“¿Por favor?” suplicó Theo.

“Está bien,” accedió ella. Ahora tenía unos cuantos arreglos de hechizos dibujados en papel, y encontró fácilmente el hechizo de ilusiones sencillo. Colocó el papel cerca de la luz en el escritorio de Katerin para tener más material del cual inspirarse y creó la imagen de un pequeño perro adorable en la página, revolviéndose con entusiasmo mientras miraba a Theo.

El muchacho observó con ojos abiertos, lo bastante inteligente como para detenerse antes de tocarlo, pese a su evidente deseo.

Pero pronto frunció el ceño. “Esto es genial y todo, pero no es muy ‘Reina Cuervo,’ ¿verdad?”

Ella transformó al perro en un diminuto dragón negro, que lanzaba fuego, capturando más fuertemente el interés de Theo, pero él aún no quedaba satisfecho. “Pero solo es una ilusión. No hay ninguna historia interesante que acompañe a esto, y ni siquiera sale de la página. ¿No tienes algo más... peligroso? O al menos más impresionante.”

Siobhan dejó caer el hechizo, mirando con exasperación la cima de la cabellera rizada de cobre de Theo. “Está bien. Pero necesitaríamos un lugar al aire libre, aunque preferiblemente no expuesto a una observación generalizada.”

“Por supuesto,” aceptó Theo, ya empezando a tirar de su mano. “¡Podemos usar una de las habitaciones con balcón que da al patio trasero!”

Siobhan dedicó unos minutos a examinar con mayor detenimiento las instrucciones del hechizo y a grabar el proceso en su memoria, luego se puso a trabajar en el frío balcón, disponiendo el esquema mágico sobre su tabla portátil de pizarra en lugar de luchar por trazar un Círculo completo sobre las tablas de madera que había debajo.

Era un poco apretado para acomodar las tres plumas de cuervo—que había revisado cuidadosamente para asegurarse de que no fueran plumas de cuervo después de aprender del error de Ana con el disfraz de la Reina de Cuervos—, además del polvo de sombra, un obsequio de algo brillante y valioso, y un trozo de hierro. El hechizo también requería un ojo de cuervo, pero Siobhan no lo tenía. Considerando lo que hacía el hechizo y que ya poseía plumas de cuervo, confiaba en que el ojo no era imprescindible. Tampoco tenía una piedra de magnetismo, por lo que la sustituyó con un trozo normal de hierro. Quizá Siobhan habría podido magnetizar a la fuerza su pequeño trozo de hierro, pero parecía imprudente intentarlo sin investigar ni tomar medidas de seguridad, especialmente con algo tan trivial. Para completar los componentes, colocó una corona de oro pulida.

Cuando estuvo lista, colocó la tabla de pizarra sobre la suelo del balcón, añadió su linterna para proporcionar energía y se puso de pie sobre ella, con las manos levantadas con dramatismo mientras Theo observaba con entusiasmo desde un lado. Siobhan intentaba seguir una lección de teatralidad en la invocación de hechizos improvisada por la profesora Lacer, quien siempre parecía tan imponente. En una voz baja y profunda, dijo: “Oh cuervo de la noche. Con hambre te busco, perseverando. A la tierra te dibujo, un faro. Con brillo te atraigo, digno.”

El canto parecía evidentemente improvisado, y la magia oscilaba inestable bajo el control de su Voluntad, nueva y salvaje, pero ella se negó a dejar que se escapara de sus dedos.

Imaginó que los efectos del hechizo se extendían como las tenebrosas ramificaciones de una adivinación, buscando un objetivo compatible y tentándolo a acercarse.

Como en cualquier hechizo de invocación, Siobhan sabía que existía la posibilidad de fracasar. A pesar del “éxito” previo del hechizo para otro lanzador, quizás no fuera lo suficientemente potente como para despertar a los pájaros que dormían, por ejemplo, o alcanzar lo bastante lejos como para atraer a una bandada grande. Sin embargo, durante los siguientes quince minutos, permanecieron en la esquina del balcón, con las piernas colgando del borde, esperando. Siobhan concentraba su atención en el hechizo con una parte de su mente, mientras con la otra conversaba con un niño cada vez más impaciente.

“¿Estás seguro de que funciona?” preguntó Theo.

Como si hubiera sido dado en señal, el primer cuervo apareció.

No se posó en el balcón ni en el centro del esquema mágico, sino en el hombro de Siobhan.

Theo jadeó, mirando maravillado a la criatura.

A diferencia del relato que había dado la persona anterior que compró el hechizo, el cuervo parecía completamente dócil, quizás incluso amigable—o al menos curioso. Lo observaba con sus pequeños ojos negros y luego picoteó el cabello de Siobhan, tirando suavemente en un movimiento que parecía de aseo.

Con cautela, Theo le levantó la mano para acariciarlo, haciendo una pausa antes de que sus dedos entraran en contacto con las plumas, dándole tiempo para reaccionar.

El cuervo permaneció inmóvil, y cuando Theo finalmente lo tocó, deslizando suavemente sus dedos sobre sus plumas oscuras y brillantes, el niño suspiró soñadoramente. “Eres tan bonito,” le dijo. “Y listo.”

El cuervo movió la cabeza de arriba abajo y, luego, mordisqueó suavemente sus dedos, haciéndolo reír con alegría.

“Oh, debería haber traído comida para ti,” lamentó, con un corazón súbitamente afligido por aquel descuido.

“Yo tengo algo,” ofreció Siobhan, moviéndose cuidadosamente para sacar la misma bolsa de frutas secas y nueces que en secreto había llevado al desayuno.

Theo levantó los trozos de comida en su palma, y en su lugar, el cuervo se posó en su hombro. Le acarició las plumas, murmurando elogios constantes y cada vez más exagerados, mientras el ave mordisqueaba con su agudo pico, cuidando de no herirlo accidentalmente. “Oh, eres el pájaro más inteligente de Gilbratha. Y el más hermoso. Tus plumas probablemente parecen un arcoíris negro bajo el sol. Eres un cazador formidable. Y un ladrón astuto. Y todos los demás cuervos sienten celos de ti...” Continuó en esa línea durante un rato.

Siobhan observaba con satisfacción, sintiendo una cálida emoción ante su entusiasmo infantil y su inmediata adoración. Pero tras otro cuarto de hora, llegó el segundo cuervo, y se desató una disputa inmediata por quién tenía derecho a la comida.

Theo trató de mediar. “Sé amable. Hay suficiente para los dos. Tengo una bolsita entera, ¿ves?” dijo, sacudiendo la bolsa con las frutas que Siobhan había comprado para sí misma, sin preocuparse por dejarle alguna. “No, Blacky,” le dijo al más pequeño, “sé amable con la Emperatriz Regia. Ella llegó primero. ¿Por qué no le preguntas si puede compartir algunas de las pasas?” Le dirigió una mirada dura al primer cuervo. Vaciló, pero luego, con renuencia, empujó una sola pasa hacia Blacky.

Los cuervos parecieron comenzar un tipo de disputa, saltando sobre la falda de Theo y tirando de su cabello y ropa mientras graznaban de manera beligerante y se golpeaban con las alas enojadas.

Theo tuvo que recurrir a amenazas para que dejaran de pelear. Entonces llegaron el tercer y cuarto cuervo, cada uno posándose en uno de los hombros de Siobhan. Cazaron ruidosamente en sus oídos y se miraron con desconfianza, para luego comenzar a saltar y a agitar las alas en una especie de baile territorial que ella temía pudiera, sin querer, interrumpir el círculo de hechizos.

Siobhan soltó el hechizo, porque no era una necia, y convocar a un rebaño de cuervos, incluso en un lugar discreto en plena noche, parecía ser una forma excelente de atraer atención innecesaria.

Luego llegaron tres cuervos más, volando en círculos alrededor del balcón, confundidos. Después de un minuto más o menos, se marcharon, seguidos por los otros.

El cuervo de Theo fue el último en partir, pero no antes de terminar las últimas golosinas. Dio un tirón amistoso a su cabellera de cobre brillante, y luego se lanzó en picada para recoger la pieza de oro que Siobhan había colocado como componente, antes de desaparecer en la noche.

“¡Oye!” gritó ella con enfado tras él. “¡Devuélvelo!”

Su graznido burlón pronto se perdió en la distancia.

De repente, todo aquello ya no parecía merecer la pena. Una pieza de oro era un precio demasiado alto por menos de una hora de diversión para un niño pequeño. Con un suspiro, empacó los componentes del hechizo y su linterna, enviando a Theo a la cama antes de que Katerin pudiera volver y enojarse con ambos.

Tras regresar a la Puerta de Seda y al modelo de Sebastien, revisó su reloj de bolsillo, notando lo tarde que era y dudando por un momento sobre qué hacer a continuación. Responsablemente, debería volver a la Universidad y dormir. Pero los conjuros de descifrado que había esperado tanto tiempo parecían llamarla desde el bolsillo interior de su chaqueta, susurrándole sobre los misterios que podrían revelar y el poder del conocimiento.

En cambio, sabiendo que probablemente se arrepentiría en la mañana, Sebastien se dirigió a la Mansión Dryden. Después de todo, tenía la tintura de caparazón de losetas en caso de que la necesitara realmente.

Oliver estaba allí cuando llegó, pero al notar que ella estaba ocupada y distraída, solo preguntó: “Desayuna conmigo por la mañana antes de partir. Hay un trabajo próximo del que quiero hablar contigo”.

Con un suspiro de acuerdo, Sebastien subió a su habitación y sacó las instrucciones del hechizo, así como los libros sobre matemáticas más complejas que había tomado prestados en la biblioteca de la universidad, anticipándose a este momento.

Extendiendo sus libros y papeles por el suelo y acomodándose en un cojín con las piernas cruzadas, se sumergió en la información teórica. Como temía, el hechizo era complejo, las matemáticas un poco más allá de su comprensión, y los requisitos de potencia totalmente fuera de su alcance. Pero esas eran solo obstáculos, y con suficiente perseverancia, podrían superarse.

Trabajó hasta altas horas de la noche, descifrando las matemáticas y transformando las fórmulas en gráficos y tablas que ocupaban mucho más espacio, pero que le resultaban más fáciles de entender. Escribió notas que explicaban en detalle cómo funcionaba el hechizo para poder estabilizar la Palabra, y calculó cómo modificarlo para prolongar su tiempo de lanzamiento, de modo que pudiera manejarlo por sí misma.

Se perdió en su trabajo, tan concentrada en descomponer las piezas del rompecabezas y volverlas a ensamblar, que no se retiró a dormir hasta las primeras horas de la madrugada. Pensando en el cuervo que le había robado su moneda, una carcajada escapó de ella. Probablemente tenía un montón de botín robado. Se quedó dormida imaginando a otras personas víctimas de delitos similares, pero con una superstición que creía firmemente: que los cuervos estaban exigiendo tributo en nombre de su reina, y se reía de manera mareada mientras soñaba despierta.